

LIBROS

Claudio Rodríguez: el hombre que escribía al caminar

Unos dicen que es el mejor de su promoción; otros, que debería escribir más, que trabaja poco, y hay alguno que le reprocha su independencia con relación a escuelas, métodos, grupos, estilos comunes, pero también se le elogia por ello. El primero o no en calidad —y nosotros pensamos que uno de los primeros—, está entre los que reúnen más humanidad y cualidades personales, lo que tiene bastante importancia en un poeta.

«Don de la ebriedad», «Conjurados» y «Alianza y condena» le han proporcionado sobrados títulos para poder opinar acerca de su obra y de la obra de los demás. Claudio Rodríguez, zamorano de 1934, es, por otra parte, quizá el más joven de su generación poética y, desde luego, el que rompió la marcha promocional: recibió el Adonáis a los diecinueve años, y uno antes que José Ángel Valente. Detrás vinieron los otros: Ángel González y Caballero Bonald,

y los de Barcelona, los Biedma y Goytisolo, por citar a los principales.

Claudio Rodríguez ha vivido muchos años en Inglaterra, como profesor de Cambridge; conoce bien la literatura inglesa y muy bien la española. Ahora es profesor en Madrid, para alumnos de habla inglesa.

—*Sé que no te parece positivo este momento poético.*

CLAUDIO RODRÍGUEZ.—Si te refieres a los últimos, los de Castellet, eso es cierto. Este momento no me parece muy positivo.

—*Hay en ellos, sin embargo, una preocupación por recuperar lo mejor del surrealismo y del modernismo, o, al menos, lo que aún puede ser objeto de rescate en aquellos movimientos.*

C. R.—En lo que han hecho hasta ahora no se advierte una reanudación, un intento de reintegrar los valores del surrealismo o del modernismo. Pienso que han asumido posturas totalmente anacrónicas, no siempre para legitimarlas, sino a veces en virtud del vaivén de la moda. Por otro lado, creo que esta moda no sólo los ha afectado a ellos en su quehacer poético, sino que está presente en nuestra manera de vivir, en las costumbres... se nota en el vestir, en la decoración. Yo entiendo que responde a una reacción frente a un tiempo, el anterior, excesivamente realista. Reconozco que en esta cuestión la clave reside en el in-



Claudio Rodríguez

tento de renovación del lenguaje poético que supone la breve obra de los nuevos. Se imponía un alejamiento del lenguaje hablado que había predominado hasta ahora. No existía separación entre el lenguaje coloquial y el poético, si bien las dos fórmulas ya se han dado en otras épocas. Puede advertirse la separación en el barroquismo de Góngora y la proximidad en Cervantes. Otros ejemplos más cercanos son los de Camponar y el modernismo de Rueda y Rubén Darío. Cualquier lector puede hacerse cargo del salto que los modernistas dan hacia una radical separación de ambos lenguajes. Hace algunos años, la palabra poética (estoy pensando en Otero y en Celaya) se hallaba muy en contacto con el lenguaje cotidiano. Y que conste que no quiero asumir

una actitud polémica; es una postura absolutamente personal.

—*No obstante, parece contradecirte, pues si defiendes el alejamiento del excesivo uso del lenguaje coloquial estás defendiendo la empresa de los jóvenes de Castellet.*

C. R.—Ahí quería llegar. Puedo defender sus propósitos, pero no sus realizaciones cumplidas. Es fácil comprobar en ellas que la palabra poética no se crea desde dentro, el suyo no es un lenguaje vital que nazca de las zonas profundas de la personalidad, sino que es un lenguaje más bien ornamental y externo. Es más o menos brillante, pero externo. Y todo lo que no arranque de los estratos más hondos se queda en moda. No existe en ellos creación auténtica. Hay como una falta de poder creador. Digo

esto con toda sinceridad, aun a sabiendas de que, en la vida literaria, cada vez que dices la verdad, lo que tú entiendes que es la verdad, te creas un enemigo.

—*Volviendo al tema anterior, nunca puede imaginarme que fueras tan contrario al realismo.*

C. R.—La terminología despectiva. Hay muchas formas de realismo. Es una cuestión de niveles. En la poesía de la promoción anterior estaban desechados «a priori» los elementos mágicos. Se hacía poesía-testimonio, como se hacía también novela-testimonio. Recordemos a Cela, que cumple con reflejar lo que ve sin inventar nada...

—*Reflejar "sin caridad, tal como la vida discurre".*

C. R.—Justamente, era una actitud expresa. Ahora, sin embargo, damos mayor importancia a la invención, a la imaginación. No hace falta citar nombres. Pero todo poema es un testimonio, se quiera o no. Todo lo que hace el hombre es testimonio del hombre. Y el poema-reportaje no me parece suficiente; su realismo es superficial, refleja los actos externos. La realidad es la apariencia de la irrealidad; hay que llegar a lo más hondo.

—*Se ha hablado bastante de tu reivindicación de Gómez de la Serna.*

C. R.—Millares de metáforas de Aleixandre, de Guillén y de Lorca provienen del ramanismo. Se trata, por otra parte, de una nueva interpreta-

HABLANDO DE ESPAÑA

En el año 1969, el príncipe Juan Carlos de Borbón fue nombrado heredero a la sucesión de la Jefatura del Estado. Fue nombrado en octubre un gobierno, al que se consideró «monocolor», que apareció en principio como liquidador de algunos elementos residuales acumulados desde la guerra civil y la posguerra, de otros que resultaban marginales en la organización de la vida social. Fue un año que comenzó con el sobresalto de la Ley de Excepción y se fue dejando abierto el «caso Matesa». El relato de ese año aparece en «España. Perspectiva 1970» (1), escrito por un especialista y completado por excelentes y abundantes apéndices documentales y cronológicos. Dos colaboradores de TRIUNFO en este libro: José Monleón y Enrique Miret Magdalena, que examinan, respectivamente, el tema del teatro —«un instrumento de enorme importancia para la vida española»— y la Iglesia —«cansancio, confusión y crisis»—. En un breve prólogo, Ignacio Camuñas expone los tres problemas esenciales planteados en la perspectiva de 1970: la articulación del pluralismo político que canalice jurídicamente las voluntades discrepantes, la representatividad y democratización de la Ley Sindical y la acomodación de las relaciones Iglesia-Estado, que dejen mayor independencia a la Iglesia.

Otro examen de España, con mayor amplitud de tiempo vigente y mayor profundidad, por lo tanto, de calado, es «España, ¿una sociedad de consumo?» (2), cuyos temas son las clases sociales, la ideología, la erotización, los medios de comunicación de masas, el comportamiento religioso, la cultura; todo ello en las coordenadas de la sociedad llamada de consumo, y en cierta duda, expresada ya por las interrogantes del título, acerca de si nuestro país ha entrado ya en la era del consumo, y una cierta tendencia en algunos de sus colaboradores (A. Míguez, J. Castillo, Amando de Miguel, J. Jiménez Blanco), aparentemente cómodos en la situación, a justificarla y sostenerla con lenguaje prudente y moderado. Personalmente podemos permitirnos dudar de la capacidad de observación de alguno de estos jóvenes tecnócratas, concretamente de Amando de Miguel, que emite algunos juicios acerca de TRIUNFO y «Cuadernos para el Diálogo», y, a juzgar por su terrible equivocación, no parece especialmente dotado para calificar fenómenos de la vida nacional. Otros colaboradores, en cambio, aparecen contrarios a la sociedad de consumo. Así Castilla del Pino, que la considera culpable de aumentar simultáneamente la erotización y la represión, o el padre Jesús Aguirre, que la culpa de algunas frustraciones religiosas. Nuestro Vázquez Montalbán denuncia el culto al objeto-mito creado por los «mass media» (es-

pecialmente radio y televisión) y Eduardo Chamorro, colaborador también de nuestra revista, señala el «enorme conflicto entre la cultura y la sociedad de consumo en cuanto conflicto dialéctico entre el ejercicio de la libertad y su plasmación en un concepto estático y hueso». El libro concluye con un ensayo de Antonio Fernández Alba, «El diseño entre la competencia y la regulación», donde dice: «Nuestro país vive una organización capitalista improvisada, con una indocumentada toma de contacto con la gran sociedad industrial, programada en sus niveles económicos por otra élite tan abstracta y con unos ritos a veces tan provocativos como lo han sido las minorías del mundo del diseño, fundamentalmente los arquitectos y urbanistas. Esta sociedad no requiere ni desea del proyecto; lo improvisa o lo importa y no pocas veces lo justifica para suplir otra serie de intereses».

■ H.

(1) «España. Perspectiva 1970», por Raúl Morodo, Enrique Tierno Galván, Enrique Miret Magdalena, Rafael Conte, Miguel Rubio, José Monleón, Miguel Herrero R. de Miñón, José A. Meliá Pericas y Antonio Figueuero. Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1970.

(2) «España, ¿una sociedad de consumo?», por A. Míguez, J. Castillo, A. de Miguel, Jiménez Blanco, C. Castilla del Pino, A. Vázquez Montalbán, J. Aguirre, E. Chamorro, A. Fernández Alba. Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1970.

ción de la realidad a través de la metáfora, de una visión diferente desde la greguería. Fijate en este fragmento de Lorca: «El silencio mordido por las ranas semeja una gasa pintada con lunaritos verdes». Claro que debemos tener en cuenta que la nueva visión nace de un fondo cultural europeo, el de los «ismos».

—Tu primera poesía cuenta con infinitud de elementos provenientes del campo, del mundo rural castellano, pero no es «social».

C. R.—Yo no hablaría de poesía social cuando lo que se quiere decir es poesía política. Todo lo que hace el hombre es social. Lo que se debe comprobar para establecer la diferencia es si se trabaja desde un esquema previo, desde unos principios, o no. Pienso que lo verdaderamente importante en la poesía son los resultados, no los principios.

—¿Qué es la poesía para ti?

C. R.—Algo muy difícil de definir. Es una aventura y al mismo tiempo un control. Creo, paradójicamente, que es una aventura controlada. En ella deben existir zonas conscientes e inconscientes; la relación de niveles entre ambas es decisiva. Hacer poesía es una forma de conocer emocionalmente. Lo que decían los viejos renacentistas: «Intellecto d'amore». Pero, cuidado, no está excluido el odio.

—¿Se puede hacer poesía con odio?

C. R.—No importan las motivaciones, sino el resultado. Además, todo lo que hace el hombre entraña una moralidad. El signo de esta moralidad es cuestión aparte.

—Bajemos de la teoría a la práctica: ¿cómo escribiste? ¿Preferiblemente en el campo zamorano?

C. R.—Empecé a escribir en el campo y mi primer libro—en realidad los tres— están muy enlazados a la tierra. Si se leen con cuidado mis poemas se advertirá que han sido escritos paseando, caminando; el ritmo del caminar se nota en cada verso. Pienso que en esto no soy el primero. El «Yo voy soñando caminos», de Antonio Machado, estoy seguro que ha sido escrito como mis poemas, caminando. ■
EDUARDO G. RICO.

Marx, Bakunin, Lenin

Quizá haya comenzado el momento en que ciertas formas de la historia—la historia narrativa, anecdótica: la

biografía— puedan salir de la guerra fría. Del Marx de Payne publicado el año pasado (1) al de Franz Mehring distribuido ahora (2) hay un abismo. Payne dibujaba a Carlos Marx como un sátiro líbrico, perseguidor de criadas, con las manos llenas de sangre y un innato sadismo de fondo. Franz Mehring, en cambio, si no es marxista de ideología tiene esa gran corriente de simpatía que a veces muestran los biógrafos por sus biografados, como si a lo largo del estudio y la redacción se produjese una especie de identificación. Algo así ocurre en E. H. Carr con su biografía de Bakunin (3), lo que le lleva incluso a imponer un cierto pudor al tratar de algún fragmento esencial del tema, como fueron las relaciones de fondo incestuosas entre Bakunin y sus hermanas, principalmente una de ellas, Tatiana. Está claro que en la famosa y dramática polémica Marx-Bakunin cada biógrafo lleva agua al molino de su personaje... El «Carlos Marx» de Mehring es preferentemente la biografía de sus ideas, de su desarrollo y su acción sobre otros y frente a otros. El «Michael Bakunin» de Carr es, por el contrario, obra más narrativa. Recoge admirablemente ambientes y personajes.

En «Los bolcheviques» (4), Adam B. Ulam hace especialmente una biografía de Lenin, y esa tendencia del biógrafo hacia la simpatía por su personaje es aquí utilizada de una curiosa manera al servicio del anticomunismo del autor: Lenin fue más «ruso» que «comunista», y como fundador del comunismo, su creación no fue nunca puesta en práctica, realmente, como consecuencia de las múltiples traiciones que durante su vida y tras su muerte realizaron los lamentables personajes que dan título al libro, los «bolcheviques», que en la intención de Ulam son como los demonios.

Esta es, en cierta forma, la idea de Moshe Lewin en «El último combate de Lenin» (5), aunque con mayor honestidad informativa. Relata los esfuerzos de Lenin en los últi-

mos dos meses de su vida por orientar el futuro de la URSS, y estima que todo ello se perdió y la historia se fue por otro camino. Lenin pretendía desrutilizar la revolución (y acabar con todos los nacionalismos del Estado soviético), aumentar el internacionalismo, combatir la burocracia creando un aparato administrativo ágil y, finalmente, deponer a Stalin, en quien veía el compendio del nacionalismo y la burocracia. Ese fue su testamento incumplido.

Las peculiaridades históricas del desarrollo económico hispano

Una de las vías de aproximación al conocimiento del actual estadio socio-económico hispano es la que toma como apoyatura básica el estudio de las peculiaridades históricas del desarrollo del sistema en cuestión, en uno de sus posibles cortes sincrónicos, sin que sea necesario explicitar de una manera escolar las conexiones y resortes que entran en acción para posibilitar la transición de uno a otro período, sino simplemente la secuencia estructural e institucional que la motiva. Teniendo en cuenta este planteamiento, la obra del profesor Gonzalo Anes (1) adquiere toda su importancia como sólida contribución al estudio de un período de la historia económica de España en el que no fue aprovechada toda una serie de condiciones favorables a la transformación y el cambio. Ni se formó un capital comercial que ofreciera cobertura a la industrialización, ni se logró fomentar la industria popular, ni se logró poner en práctica los proyectos ilustrados de reforma agraria.

Para el profesor Anes, uno de los más grandes condicionamientos del desarrollo económico hispano es el constituido por la grave tensión provocada por el desigual reparto de la renta agraria y, por tal motivo y en conexión con lo anteriormente anotado, aplica al estudio de la agricultura española del Antiguo Régimen un modelo macro-económico (estructura de la propiedad de la tierra, de las fluctuaciones de la produc-

ción, de los rendimientos, de la productividad, etcétera) de distribución de la renta, como paso previo para el estudio de los contrastes regionales entre las estructuras agrarias.

Tras presentar en una primera parte las fuentes utilizadas como material básico, explicando la metodología utilizada en cada caso, el autor pasa a analizar el enfrentamiento entre la nueva economía de tipo capitalista y las regresivas estructuras institucionales, cuyo desencadenamiento originó el traumático clima que ambientó el transcurrir del siglo XVII.

Durante el siglo XVI los beneficios extraídos del comercio con las Indias, del arriendo de las Rentas Reales, etcétera, fueron canalizados a través del ahorro hacia la agricultura, favorecida por el aumento de la demanda, provocado a su vez por el incremento de la población. El consiguiente aumento del valor de las cosechas dio lugar a que la propiedad territorial ofreciera a la burguesía una provechosa posibilidad de inversión, contribuyendo al des-

arrollo del latifundio y, por lo tanto, a la consolidación del régimen señorial como sistema económico. Sobre este proceso van a incidir dos hechos (el enfrentamiento directo entre agricultores y ganaderos y la puesta en cultivo de las tierras marginales), cuyas consecuencias inmediatas (descenso de los rendimientos medios por unidad de superficie sembrada, incremento de los precios agrícolas y encarecimiento relativo de los alimentos con respecto a las manufacturas) no van a constituir sino los prolegómenos de la depresión del siglo XVII, que presiona, fundamentalmente, sobre las condiciones de vida del campesinado y cuyas secuelas se percibirán más sensiblemente en la España interior, en agudo contraste con la periférica, pese a los esfuerzos desarrollados por la Ilustración a lo largo del siglo XVIII.

En la tercera parte del libro se investiga el auge económico del siglo XVIII en función de sus referencias demográficas y productivas, así como del análisis y contrastación de las fluctuaciones regionales de los precios agrícolas, pasando, posteriormente, al estudio de la acumulación de la renta y el alza global de los precios a lo largo del siglo. La cuarta parte está destinada a investigar hasta qué punto, en el siglo XVIII, se desarrolló una fuerza productiva social del trabajo capaz de dinamizar las necesarias transformaciones (división social del trabajo, comercialización de la agricultura, formación de un proletariado industrial) para la transición del Antiguo Régimen a la denominada sociedad burguesa, dinámica fundamental para la existencia de un mercado interior. Finalmente, Gonzalo Anes organiza todo el laborioso acopio de datos que constituye su libro en un cuadro evolutivo y coherente de la agricultura del Antiguo Régimen, al que se añade una última reflexión sobre el carácter reformista de la Ilustración española, representada básicamente por las Sociedades Económicas de Amigos del País, cuyos frustrados intentos, al no conseguir el necesario cambio institucional (estructuras jurídicas y económicas; formas de asociación en el trabajo; formas de tributación e inversión de los reales ingresos), no lograron desembarazar al país del caparazón de las estructuras agrarias, ni liberarle del círculo vicioso que había representado el período económico de los siglos XVI-XVII. ■ EDUARDO CHAMORRO.

● Hacia finales de año saldrán, editadas por Taurus, «Memorias de esperanza» del general De Gaulle. Será la primera traducción del libro. Las memorias constan de tres tomos: «La renovación» (mayo de 1958 a julio del 62), «El esfuerzo» (julio del 62 a diciembre de 1965) y «El término» (hasta abril de 1969).

● Noticia es también la edición íntegra de «Los complementarios», de Antonio Machado, que prepara Taurus Ediciones.

● Con la «reentré», proyectos editoriales. En Madrid, una nueva editorial, Helios, alentada por José Esteban, que reeditará a Carranque de Rios. En Barcelona, varias editoriales (Lumen, Edhasa, Anagrama, Barral, Península...) estudian el lanzamiento de una nueva colección de libros de bolsillo. Se trata, en principio, de reediciones de Vargas Llosa, Cortázar, Joyce, L. Durrell.

(1) Robert Payne, «Marx», Editorial Bruguera, S. A. Barcelona.

(2) Franz Mehring, «Carlos Marx», Grijalbo, Barcelona-México, 1968. Tercera edición.

(3) E. H. Carr, «Michael Bakunin», Grijalbo, 1970.

(4) Adam B. Ulam, «Los bolcheviques», Grijalbo, 1969.

(5) Moshe Lewin, «El último combate de Lenin», Editorial Lumen, colección «Palabra en el tiempo», Barcelona, 1970.

(1) «Las crisis agrarias en la España moderna», Gonzalo Anes. Premio Taurus para Libros de Ensayo 1967. 517 páginas. Taurus Ed. 1970.